

ABEL POSSE

Momento de morir



EMECÉ EDITORES

en memoria de Héctor A. Murena

PRÓLOGO

Esta novela porteña fue escrita en Venecia, en el verano de 1975. Desde lejos, el ciclo de la violencia en la Argentina resultaba desolador. Muchos pasajes los escribí desde un amargo tono de sarcasmo que ahora interpreto como nacido de la impotencia hacia esa brutalidad cotidiana y banalizada que —no lo sabíamos entonces— preanunciaba la feroz represión a partir de 1976.

La muerte, la crueldad y el crimen político se habían establecido con tal evidencia que me parecía estar escribiendo una novela de salvajes costumbres rioplatenses. Más allá de los hechos del terror se trasuntaba algo peligrosamente bastardo y mazorquero, una presencia de torturadores y sádicos que la Argentina sonriente y solar esconde en siniestros sótanos. Aparecen trotskistas salidos de colegios de curas y “occidentales y cristianos” sin mayores conflictos ante el tormento o la política del balazo en la nuca. Es una Argentina agazapada y secreta donde el secuestrado se asocia con su secuestrador; donde el torturador se casa con la víctima de sus vejámenes. Traté de avanzar por estos sinuosos senderos que los argentinos parecen no querer confesarse.

Medardo Rabagliatti, el protagonista, el apacible abogado de barrio que observa la política con escepticismo y distancia, como “algo que pasa en el centro”, ve cómo poco a poco el crimen y la muerte invaden su hábitat y su paz de calles arboladas y casas de parecita baja. Presencia los fusilamientos de parte de todos los bandos, la confusión ideológica de trozcrístianos enfrentados a

ortoleninistas, de psicoanalistas enardecidos que terminarán ocultándose en las islas del Tigre, de sindicalistas que se declaran comandantes en jefe de las fuerzas represivas. Medardo vive los agitados días de la violencia hasta que empieza a intuir que de alguna manera hay que quebrar el círculo vicioso del exterminio. Por el simple hecho de creer en valores que parecen nostalgias escolares en esos tiempos de ignominia armada, se transforma inesperadamente en un centro vital, de esperanza para todos. Terminará mágicamente entronizado en la cúspide del poder, como por efecto de una inefable reacción biológica y vitalista del pueblo agobiado de sinrazón. Como si en su ascenso se confirmara el sabio aserto de Hölderlin: "Allí donde está el peligro, crece lo que salva".

Durante años no quise reimprimir esta novela escandalosamente argentina. Tampoco quise editarla en España, como las otras. Ahora me parece una visión de conjunto, un demoníaco retrato de familia ya superado y tal vez en el desván.

Muchos amigos me instaron a reeditarla tal vez porque el final de Medardo coincide con el comienzo de Alfonsín: ambos leen emocionadamente el preámbulo de la Constitución. Ambos mandan a quemar los instrumentos de tortura "como en la Asamblea de 1813".

Entre mi Medardo y el presidente Alfonsín hay un hiato de diez años de horror, antes del restablecimiento de nuestro camino de democracia (incierto, débil y dependiente). Mi intuición —la de Medardo— nos llevó a describir en Venecia, en 1975, lo que pasaría una década después. A una casualidad adelantada algunos exagerados la denominan con la prestigiosa palabra de visión...

A.P.

El hombre es víctima de una soberana demencia que lo hace sufrir siempre, en la esperanza de no sufrir siempre, en la esperanza de no sufrir más; y la vida le escapa mientras espera gozar de los bienes que ha adquirido al precio de grandes esfuerzos.

LEONARDO DE VINCI

1

En realidad nunca fui cruel de intención: mi vida tiene más bien una propensión pacífica. En mi infancia sólo recuerdo la muerte de un gato, lo colgamos con mi amigo Elías de un tirante en el taller de mueblería de su padre. Fue en la hora de la siesta, en pleno verano, y bajo las chapas de zinc ardientes por el sol vimos cómo agonizaba. Una extraña excitación y enseguida nos separamos inventando excusas.

Fuera de eso, nada.

Cuando llegamos al famoso "Año de la Sangre", como lo bautizara monseñor Colasanti en aquella última homilía antes de morir como murió, yo me desempeñaba como abogado con estudio en el Pasaje Barolo, oficina 787. Luchaba, pero ganaba lo suficiente para vivir sin lujo pero con creciente seguridad (yo y Carlota, mi señora).

Es una profesión con la que se puede vivir tranquilo siempre que no se tengan equivocados sueños de grandeza o peligrosos berretines comerciales.

Hay que estar quieto y saber esperar.

Hay que tener pocos gastos generales, continuidad y un mínimo de palabra. Que el cliente siempre lo pueda encontrar a uno a la vuelta de Tribunales. Si la Providencia ayuda puede caer la quiebra o la sucesión con la cual uno se podrá reír el resto de la vida: será la posibilidad de comprar un campito en la provincia.

En mi caso (debería decir en nuestro caso, porque tenía un socio) la mayor esperanza era el juicio caratulado "López Gondra de Pascotto s/sucesión" que tramitaba por ante el Juzgado N° 7, Secretaría N° 19 a cargo del doctor Amalfitani.

Bastante jugosa: seis casas en la Capital y una chacrita de ciento ochenta hectáreas en Las Percas, cerca de Dolores, pero del lado donde la tierra es ya un poco mejor.

Sé que es inútil pensar ahora cuando las grandes desgracias han triunfado, pero la verdad es que si no se hubieran demorado aquellos exhortos en el juzgado de Mercedes, habríamos cobrado los honorarios justo un poco antes de la primera gran Reforma Judicial (cuando el digno doctor Amalfitani fue arrastrado por el oficial primero y aquellos meritorios, todos niños bien pero ideologizados que lo arrojaron desde el cuarto piso del Palacio, sobre Tucumán).

Pero no hay que adelantarse a los hechos: bastante confusa es la conciencia del hombre como para que nos permitamos ser desordenados al memorar.

Lo cierto es que entonces nuestra vida tenía futuro. Era una vida simple y sencilla, con una costumbre más bien criolla y familiar. Hacía ya dos años que vivíamos en la casa de dos plantas de la calle Andonaegui, en Villa Ortúzar, pero más bien de la parte de Colegiales. Fue el sacrificio de nuestra vida, con ayuda del Banco Hipotecario y los honorarios de la quiebra "Carlovsky, Ottone y Cía."

Es la ley de la vida: uno evoluciona.

Un año después, sacrificando el veraneo en Mar del Plata, fue el Fiat 600.

Si se deja de lado lo que tal vez más adelante explicaré, y sin entrar en ciertos detalles de la vida íntima, siempre de mal gusto, la relación con Carlota marchaba como un reloj.

En cuanto a mi socio, el doctor Natalio Espivelman, nos entendíamos a la perfección. Él era ruso, pero sencillo y trabajador como cualquiera de nosotros. Siendo soltero se podía

permitir tener la cabeza en las nubes; vivía para su “MG” modelo 1950, sport, que le costaba un dineral de taller. Pero era de fierro cuando le tocaba ir a los tribunales de San Martín o de La Plata.

Le gustaba meterse en política y en cineclub, pero sin maldad alguna.

Ésta fue la causa de que se malograra en plena juventud.

La tromba que él mismo aplaudía se lo llevó. Así suele ocurrir cuando alguien abre la jaula de los demonios.

Carlota, que tiene anotadas las profecías de San Malaquíás y hasta algunas cuartetas de Nostradamus (siempre me decía: “Vas a ver, París será arrasada por una bola de fuego...”), no tenía dudas de que se cumpliría lo previsto por Don Orione. Estaba segura de que ríos de sangre iban a correr por nuestro querido suelo hasta terminar por enrojecer el mar.

Yo, el doctor Medardo Rabagliatti, fui testigo de hechos y horrores y también involuntario, inesperado y exitoso protagonista de los mismos.

Es justo que narre.

2

En realidad, cuando se recuerdan aquellos años apacibles cuando sólo eran la discreta felicidad y dificultad de la vida, nadie puede comprender claramente lo que nos ocurrió.

Pero no hay dudas de que el alma de los pueblos es tan insondable como la de un anarquista ruso.

Creo que la paz se fue quebrando imperceptiblemente, como por descuido. Creo que la iracundia y la muerte fueron ganando la calle en puntas de pie (aunque ahora uno sólo recuerde un solo incendio).

Poco antes de morir en la hecatombre, Boris Argentino Pelayo, sin dudas el más grande poeta de la Docta, había escrito en *Clarín*:

*Y entonces el plomo hirviendo
la muerte
desde entonces
El llanto y el plomo de la muerte...
¿Quién? ¿Dónde? ¿Quién?
(¿me oyes o no me oyes? ¡Oh, Hermano!)
Sobre el tambor de la pampa
muerte
sólo muerte
¡Y silencio del tomo y del reloj!*

No es que yo soporte a los poetas, pero nadie como Boris Argentino Pelayo ha sabido plasmar en pocas líneas la tragedia de la Revolución. Lejos de cansar con la belleza supo fustigar con la verdad. Sus versos vuelven a mi mente como una pesadilla.

Creo recordar algo: que al comenzar todos temían la Revolución y que los más aterrorizados fueron los que la hicieron. Pero éste es un pensamiento que tal vez podré aclarar más adelante.

Antes de avanzar en esta crónica debo decir que soy de cuna radical. Nunca tuve una ideología definida; he sido más bien general y ecléctico. Y esto, si se me permite, es una modesta ventaja ya que el problema —como los hechos lo demuestran— es el sectarismo ciego en un país tan desigual.

La vieja Unión Cívica (radical, peronista, etcétera) es el único gran sentimiento político nacional pero hay que reconocer que cuando la crisis se precipitó se demostró no sólo que era acéfalo sino también que era un corazón sin cuerpo.

También debo aclarar que soy nacionalista sin proponérmelo con esfuerzo. Pero mi nacionalismo creo que es bastante sincero aunque yo no tenga el brillo de los nacionalistas profesionales.

Comprendo la amenaza que significa la Sinarquía, y en esto coincido con el Caudillo (como solían llamarlo los periodistas de los diarios serios). No hay dudas de que si nos fue tan mal es porque padecemos la acción destructora de las fuerzas negras de la Sinarquía. El monstruoso enemigo hoy aparece disfrazado con el ropaje de la "vanguardia".

Lo cierto es que desde el verano pasado los signos oscuros se fueron evidenciando hasta para los más desprevenidos.

La inquietud crecía. Los jóvenes iracundos ganaban la calle.

La guerra entre las bandas ideológicas se constituyó en el infierno nuestro de cada día. Los trozocristianos, que se dividieron justamente a fines del verano, mantenían un desafío ante el poder organizado y una guerra abierta frente a los sectores ortoleninistas.

Es increíble que no comprendiéramos que ellos libraban su lucha en el campo de nuestra confianza tonta. Eran rinocerontes que contendían pisoteando el jardín nuestro.

Hombres como Natalio, mi socio, se empeñaban en querer ver en aquellos desmanes una lucha democrática y hasta signos de "evolución progresista". Más de una vez, hablando en el Estudio, me acusó de conservador, de no querer comprender, de mostrarme contrario al proceso de "liberación".

El mal estaba en el aire.

Carlota, que es una gran observadora, más de una vez me dijo que en su opinión estábamos yendo cuesta abajo. Sus parientes de Santa Fe (los Antúnez) le mandaban cartas cada vez más alarmistas: todos los vecinos hablaban de vender campos y chacras debido a la acción prepotente de los jóvenes de las brigadas de "ocupación simbólica".

En cuanto a Tribunales, la cosa se degradaba día a día. Los jueces perdían autoridad. Eran insultados en los pasillos por los chiquilines. Se pegaban afiches con listas y acusaciones insultivas.

Ya entonces tuve mi primera experiencia de irrespetuosidad negativa. Me acuerdo que fui, como todas las semanas, a la Se-

cretaría de Amalfitani y que protesté porque el expediente de la sucesión no estaba en letra. El oficial primero se me vino a las barbas sin que yo hubiera agregado una sola palabra a mi pertinente reclamación:

—Mire, doctor, algún día va a acabar esta farsa y ya no vamos a necesitar, ni usted ni yo, andar perdiendo tiempo detrás de la supuesta justicia...

—¿A qué se refiere? —pregunté—. Yo sólo quiero saber el motivo por el cual el expediente no está donde corresponde...

—Por favor. ¡Como si las cosas fueran tan simples! ¡Esa propiedad debería estar en manos del pueblo!

—Los Pascotto son gente humilde —dije—. Siempre alguno de ellos trabajó el campo. Es justo que lo herede la hija mayor.

—¡Son todos capitalistas, doctor, explotadores! Son tan peligrosos ellos como sus cómplices...

No había nada que decir: hablaba para agredirme. Yo no podía arriesgar mi dignidad de letrado frente a un sujeto así, un resentido que había intentado recibirse de procurador en La Plata sin éxito, cuando todavía la carrera tenía allí sólo seis materias. Pero es sabido que toda Revolución es el campo de los resentidos que terminan por ahogar a los ideólogos.

Inútil explicarle que hasta en Polonia le dejarían esas ciento ochenta hectáreas a los Pascotto. A los extremistas no les interesa la realidad, eso ya está claro ahora que se vio hasta dónde puede llegar la obra de la muerte y de la destrucción. Ellos prefieren la ideología. Ambicionan ser santos, no hombres. Desprecian el presente, que es la vida, por eso matan. En el presente creen asesinar el pasado que odian y saltar, al mismo tiempo, hacia el futuro que sueñan. Nunca están sincronizados debidamente; por esto siempre me parecieron locos entusiastas (los más peligrosos).

Aquel incidente sólo era un tímido comienzo. Ahora todo es peor aunque me esmere en encontrar signos positivos.

Estamos en el tiempo de la muerte. Hoy, sin ir más lejos, *La Razón* publica en primera página las declaraciones de los jefes

de Acción Violenta, sector de la dirección trotskristiana, que decían abiertamente haber decretado la insurrección total hasta conseguir “los sagrados objetivos de liberación nacional”. Se jactaban de los ataques de ayer.

En la escalinata de Tribunales me encontré con el doctor Santana, hombre del barrio y viejo ex dirigente de la Unión Nacional. Fuimos a tomar una cerveza al bar de los chinos. Estaba exaltado:

—¡Mire si serán zopencos! ¡Éstos no piensan en otra cosa que en matarse! ¿Sabe por qué, mi querido doctor?: porque no están seguros de creer en nada. ¡Sólo matar! ¡Si serán idiotas, se estaba tan bien, che, en la Argentina! ¿Sabe que ayer fueron dieciséis los vigilantes muertos? ¿Y qué me dice del titular de *La Unión*?: “Ajusticiaron tres policías en La Plata”. ¡No tienen vergüenza!

3

Ese mismo día, cuando regresé a casa encontré a Carlota triste, descorazonada.

—Han venido esos tipos —dijo—. ¡Tenés que ver la prepotencia! Dijeron que venían a recoger “información voluntaria”. Querían saber si teníamos combustibles, en especial kerosén, y si queríamos hacer algún donativo de armas para el movimiento popular. ¿Te das cuenta adónde hemos llegado?

—¿Y qué les dijiste?

—Nada: que sólo tenemos la nafta del coche y que nunca tuvimos armas...

—¡Qué error! ¿Para qué hablaste del coche? ¡No se te puede dejar sola, m'hija!

—¿Y yo qué culpa tengo?, decíme... —reclamó Carlota con razón. En realidad la pobre no tenía por qué sentirse culpable. Mi autorrepresión me dio vergüenza.

—¿Te preguntaron algo más?

—Sí; por tu profesión y si éramos propietarios de la casa. Yo les dije que la estábamos pagando con el Banco Hipotecario y que eras abogado, como dice la chapa de la puerta...

—¡Qué barbaridad! —exclamé.

Un auto está al alcance de la mayoría de los treinta millones de argentinos, pero el asunto de la casa era lo grave. Se podía haber contestado de una manera más confusa. Sobre todo que esos extremistas tienen una posición definitiva frente a los propietarios de inmuebles. Pensé que ellos nunca habrían averiguado en el Registro de la Propiedad (¡con lo que tardan los certificados!). La apurada burocracia de los extremistas me habría favorecido si Carlota hubiese respondido de otra manera.

—¿Dijiste algo del revólver de mi viejo? —le pregunté.

—No, ni se me ocurrió acordarme —contestó Carlota.

Me alegré. Se trataba de un .38 largo, de esos que tienen una argolla en la culata, de cinco tiros y fabricado en Eibar, que el viejo le había comprado hace más de sesenta años a un anarquista de Barcelona en el Hotel de Inmigrantes. El viejo lo sabía tener en el negocio por precaución y cuando murió me lo guardé.

En realidad no había que atribuir al episodio más importancia de la que tenía. Sin embargo comimos en silencio, como amenazados. Carlota había preparado unas milanesas con papas al horno y tomamos toda la botella de Toro Reserva. Nos pareció conveniente caminar hasta la avenida para tomar un helado o una cerveza, cosa de no irse con el estómago repleto a la cama.

No tardamos más de media hora viendo las vidrieras de siempre. Volvimos caminando despacio por las veredas desparejas. Ya se olían los primeros jazmines del país y el follaje de los plátanos retenía una sombra húmeda y tibia. Nos tomamos de la mano con Carlota y sentimos todo lo que nos unía. No era solamente la mujer, era hermana, compañera, tal vez madre.

El destino nos había enfrentado a una dura prueba: en tres ocasiones Carlota había perdido la criatura antes de nacer, la

mayorcita de cinco meses. Pero ella mostraba su entereza no dándose por vencida.

Uno se une por el éxito o por los fracasos compartidos.

Mientras íbamos de la mano por la calle a oscuras sentí más que nunca la fuerza de nuestra unión.

Pero esa emoción no iba a durar mucho. Cuando llegamos a la puerta de casa nos encontramos con que habían puesto un cliché de pintura roja con un círculo que encerraba la letra "B" de burgués. Habían sido los chiquilines del Movimiento Trozcristiano de Liberación, seguramente los mismos que habían venido a hacer las preguntas. Habían marcado muchas casas del barrio: la de Rabassa, el dueño de la ferretería de la calle Gurruchaga, la del dentista Sigtman, la de la fiambrería. Pero no podía soportar la injusticia de aquella marca. Traté de correr la pintura con la llave, pero es una sustancia que seca enseguida. Me puse fuera de mí:

—¡Burgués yo! ¡Medardo Rabagliatti! ¡Que trabajé como burro en la Impositiva hasta recibirme! ¡Burgués yo! —Mis gritos retumbaban en la calle vacía donde sólo se oían los ecos de los televisores.

—¡Burgués porque tengo una casa! ¡Pendejos! ¡Atorrantes! ¡¿Lenin no era abogado como uno?!

Por suerte Carlota no perdió la cabeza y consiguió sacarme el llavero con el que raspaba la inscripción. Me logró meter en el zaguán y empecé a comprender que mis palabras habían sido muy peligrosas para los tiempos que corrían. Sentí que me latían las sienes.

Le pedí disculpas a Carlota por la peligrosa explosión que no había sabido controlar.

Ella me preparó un tilo pero no pude dormirme hasta el amanecer. Sentí que todo se precipitaba y que habían comenzado días negros tanto para mí como para nuestra patria.